

De todas formas, al establecer la relación de la serpiente con el fuego, no podemos por menos de señalar también su relación con ese fulgor dorado o cobrizo al que hicimos referencia anteriormente, y consiguientemente con ese mundo de la muerte que tanto el oro como el fuego representan. Pero el sacrificio por el fuego supone ante todo una purificación para alcanzar la vida eterna. Es el previo paso por la muerte para lograr la inmortalidad, tal como queda claramente especificado en dos episodios paralelos de los mitos de Isis y Deméter. El paso por el fuego es un rito purificador durante la ceremonia de la iniciación. A este respecto, bañarse en la sangre de esa serpiente ígnea que es el dragón (Sigfrido), tiene el mismo significado. Y la serpiente muere (cambio de piel), para renacer de nuevo. Ella es la que, engañando a Eva, comió el fruto del Árbol de la Vida.

Así pues, y de acuerdo con lo dicho hasta aquí, tenemos:

1) El héroe nace de la serpiente. Este nacimiento supone el engullimiento y posterior regurgitación del héroe por la serpiente (mito de Jonás).

2) En la evolución del cuento popular, señala Propp que este primer motivo es sustituido por el del héroe que mata a la serpiente. Una conjunción del 1 y el 2 nos da el tema folklórico de que quien nace de la serpiente, mata a la serpiente.

3) *Derivación del 1. El héroe no nace de la serpiente, sino de una Virgen poseída por la serpiente, que pasa a ser un símbolo fálico. Así, en la superstición popular, si una serpiente se acerca a una mujer, ésta queda embarazada.*

4) En una etapa posterior ya no es la serpiente el procreador, sino cualquier otro ser divino con apariencia animal.

5) Un dios, sea cual fuere su forma, engendra de una mortal un héroe.

Y es este héroe el que, en el cuento popular, que se desentiende muchas veces del proceso de su generación, ocultándolo totalmente o dándonos tan sólo alguna seña como la de la marca de nacimiento, va, de acuerdo con lo señalado en la fase 2, a matar a la serpiente para, mediante el matrimonio con la princesa, tomar posesión de su reino.

En los ritos de iniciación, el joven es introducido en la casa del bosque que tiene la forma de una boca engullidora. El joven es engullido para salir, nacer de nuevo, tras los ritos iniciáticos, convertido en adulto. Es el nacimiento tras la muerte. El rito viene a responder a la fase 1, la de la serpiente engullidora. Pero junto a esto, Propp señala la existencia de *las hermanitas del bosque*, muchachas que sirven a los jóvenes iniciados, y que dentro de la casa donde se efectúan los ritos pueden tener trato sexual con los oficiantes, revestidos de pieles de animales, sin que esto les impida posteriormente contraer matrimonio con hombres normales de su tribu ni se considere que aquella aventura en la casa de los misterios

implique la pérdida de su virginidad. Estamos aquí en el tercer supuesto: el de la serpiente fálica, el del antepasado totémico.

La posesión totémica de la mujer podría considerarse desde un doble aspecto. Primero tendríamos que considerar el carácter sagrado de la mujer debido a la influencia que se le atribuye en la fecundidad de la tierra. Esto lleva consigo la sacralización del acto sexual, lo que presupone la necesidad de que intervenga en el mismo un poder ultraterreno, un agente a su vez sagrado. Naturalmente, el fruto de esta unión es un fruto también sacralizado, un fruto que va a influir en el feliz desarrollo posterior de la reproducción y la fecundidad y va a convertirse en símbolo de un nuevo renacer tras la muerte.

En segundo lugar, y como consecuencia de este carácter sacro de la mujer, surge el tabú de la virginidad, el peligro de la primera noche. De ahí que la virgen se considere *peligrosa* y que entre los pueblos primitivos se proceda a la desfloración por el chamán disfrazado de animal totémico de la doncella, en íntima relación con lo que indicamos anteriormente.

De ahí que el hecho tan frecuente en la mitología y el folklore del hijo nacido de una virgen, venga a significar que ese héroe es el resultado de la unión de una doncella mortal y un ser del más allá. Las relaciones sexuales de la doncella del bosque no se consideran relaciones humanas. Por eso, cuando esta misma doncella las mantiene con un varón normal, éste debe considerarla como una virgen ya que ni sus relaciones sexuales ni los hijos que puedan éstas originar se consideran en el mismo plano que las iniciáticas. En cuanto a que el héroe nazca con una señal extraordinaria, tal como sucede con el lucero en la frente en el caso de nuestro cuento, o que su nacimiento vaya acompañado de fenómenos celestes, sólo hace que reforzar el carácter de su concepción excepcional.

Pero vemos que tanto en nuestro relato como en la leyenda de «El caballero del cisne», según la narra *La gran conquista de Ultramar*, la madre del héroe es encerrada en una prisión. El encierro de la doncella en una torre o prisión es un motivo ampliamente repetido tanto en el mito como en el relato popular. También aquí podemos fijar una evolución histórica.

En primer lugar se nos presenta este encierro como un rito iniciático, bien en la cabaña para la iniciación femenina, bien en la cabaña de los varones como *hermanita del bosque*. En segundo lugar, aunque en este caso no supone necesariamente un período histórico posterior, tendríamos este encierro como consecuencia del tabú protector de los peligros que amenazan a las personas sagradas, tal como señala Frazer. En tercer lugar, y aquí sí que nos encontramos en un período histórico posterior, el encierro es una medida para la protección del marido una vez establecido el sistema patrilineal, evitando la posible descendencia de otros hombres. Finalmente

este último motivo va a tomar un carácter abstracto. Estamos ya ante el concepto de *la honra*, primordial en la literatura teatral de nuestro siglo de oro.

Ya tenemos, pues, algunas claves para la correcta lectura de nuestro cuento. Una doncella, antes de su unión con un hombre normal, ha engendrado un hijo de un ser de *el más allá*, o lo que es lo mismo, ha tenido un héroe. Bien el padre putativo, no muy conforme con papel de Anfitrión, bien las mujeres de su entorno, se deshacen de la criatura, expulsándole del clan. Es aquí cuando nos encontramos con el tercer elemento que vamos a examinar en este relato: el de *la cestita en el río*.

Hemos visto cómo los niños son arrojados al río dentro de una cesta. Mas no perecen, sino que los recoge un jardinero, o un leñador en otras versiones, en resumen, un hombre silvestre, y los cría y educa en su retiro del profundo bosque. Nos encontramos frente a otro tema fundamental del relato folklórico, ampliamente repetido tanto en el cuento popular como en la mitología. De una forma u otra, el héroe abandonado en las aguas y criado por un ser selvático va a aparecer con diversas variaciones, algunas ya alejadas novelescamente del esquema original, en los casos de Moisés y Sargón, en un episodio del Mahabarata y, posteriormente y ya dentro de un tratamiento más literario, en el ciclo artúrico —caso de Lanzarote— y en su derivación posterior, la novela de caballería, con Amadís de Gaula.

Pero estamos ante dos episodios independientes, aunque frecuentemente unidos en una secuencia. Estos son, en orden inverso al de su unión secuencial, el del niño abandonado en el bosque y criado y educado por un ser selvático, y el del niño arrojado en una cestita al río.

El abandono del niño en el bosque es, dentro de la estructura que Propp propone para el cuento maravilloso, una *fechoría* equivalente al rapto. Pero el bosque es, ante todo, un lugar de iniciación, frontera y entrada en el *más allá*, en el *reino lejano*. El adolescente es conducido a lo profundo del bosque para someterse a los ritos de iniciación, ritos que significan la entrada en el reino de la muerte para posteriormente renacer a una nueva vida. Este carácter del bosque como puerta del más allá va a ser recogido por la literatura. Lo encontraremos en *Las metamorfosis* de Ovidio, en *La Eneida*, en «la selva oscura» en medio de la que se encuentra Dante al principio de su *Divina Comedia* y en el bosque donde buscan sus aventuras los caballeros del rey Arturo.

Pero este episodio de abandonar al niño en el bosque va acompañado frecuentemente por el hecho de que el niño abandonado es cuidado por un animal. En el cuento popular se repite el motivo del niño que es conducido al bosque para ser asesinado por un verdugo que, al final, tiene compasión de él y presenta a quien le dio la orden bien las ropas teñidas con la sangre de un animal (José), bien el corazón del animal como sustitución

engañoso del corazón de la víctima. Posteriormente el niño abandonado en el bosque es cuidado o directamente por un animal, o por un hombre vinculado al bosque (leñador, montero), o por una anciana que tiene su cabaña en lo más profundo del bosque.

Todo este episodio hace una referencia muy directa a los ritos de iniciación y el héroe del relato es un arquetipo del héroe iniciático. En los ritos de iniciación el niño es llevado al bosque por los chamanes o parientes. El sentido de que esta conducción es una partida hacia la muerte queda bien explícito en los llantos y duelos que hacen los parientes del iniciado, similares a los de la muerte verdadera. De otra parte, en la iniciación uno de los ritos es el del descuartizamiento simbólico del falso muerto; de ahí el motivo folklórico de presentar el corazón o los ojos del niño conducido al bosque, sustituidos novelescamente por los de un animal, ya que se considera tanto los ojos como el corazón órganos donde reside la vida. El motivo del descuartizamiento va a pasar del rito iniciático a la mitología, y así nos encontramos con el motivo del dios descuartizado que luego vuelve a nacer. Tales serían, entre otros, los casos de Osiris, Adonis y Zagreo. Pero estos héroes, sin perder su carácter de arquetipos iniciáticos, se van a convertir en dioses de la vegetación y, dado el ciclo vegetal de vida y muerte, en dioses de los muertos.

El tema del héroe cuidado y educado en el bosque por un ser silvestre, es también un motivo iniciático. En la cabaña iniciática, el niño se va a encontrar bajo la dirección de hombres disfrazados de animales. A veces este disfraz es incompleto, dando así origen al mito de los centauros educadores o del minotauro. Otras veces, el animal se presenta como educador y cuidador. Frecuentísimo en todas las mitologías, el tema del niño criado por animales va a llegar hasta nuestros días con relatos tan populares como los de *El libro de la selva* o *Tarzán de los monos*, que podrían considerarse, sobre todo el primero, como libros iniciáticos.

En muchos relatos, entre ellos el cuento que nos ocupa, el educador ya no es un animal, sino un hombre relacionado con el bosque y los animales. Nos encontramos aquí con una derivación del tema original, derivación que resulta aún más lejana conforme se aleja de su primitivo esquema, tal en los casos en los que quien acoge al niño es un hortelano o jardinero.

No ocurre así cuando el niño es recogido por la anciana del bosque, representada a veces por una bruja o maga, como ocurre en los cuentos de hadas o en relatos del ciclo artúrico. Aquí estamos ante una transposición de la primitiva *señora de los animales*. En el pensamiento más primitivo y dentro de las creencias totémicas, se considera la muerte como la transmisión del alma a un animal. De ahí que la *señora de los animales* sea a su vez el guardián del reino de los muertos. Posteriormente, dicha *señora*